

CINCO LIBROS DE ELENA SANTIAGO

Por José María Fernández Gutiérrez

nov 8851

Elena Santiago nació en Veguellina de Orbigo (León), y ahora vive en Valladolid. En alguna ocasión ha dicho que el "vivir en un lugar define, imprime carácter". Si esto es normalmente cierto, en el caso de Elena Santiago es absolutamente exacto por lo que se refiere a su novela *Acidos días* donde aparece el problema de los pueblos, las casas y los hombres de León, que se quedan sin alma activa: "Nino pensó que no algunas tierras, las que él designó, sino toda la tierra se había quedado de baldío, arruinada. Y la tierra era aquel pueblo y el pueblo había girado alrededor de la Casa Grande y la Casa Grande era aquel mismo baldío que era la tierra". (p. 235).

Y también en *Acidos días* aparecen los pueblos de León que se van quedando vacíos porque las gentes no encuentran aliciente en seguir repitiendo una forma de vida gastada y en cambiar sólo en lo externo, o en lo que puede servir para robar a los habitantes su único sustento, el de una tradición que, aunque gastada, es muy suya: "Se contaban en el pueblo cosas y no sé qué pensar desde aquí, desde esta casa tan grande, tan vacía, tan mía, donde, sin embargo, no me encuentro. Hay un niño en la escalera, en el pasillo, arriba o abajo, que llora: porque ha nacido o porque se muere. Tomás me ha dicho que ahora es amo de esas tierras y puede ser que no siga con las mías: comprendeme, a más, que no soy lo que era. Los años pasan y mi mujer dice que no me voy a andar matando.

La tendera se ha ido y Delfina ha llorado en casa: no sé por qué lloro. Nino. Es como si por faltar ella del pueblo todo se estuviera volviendo del revés. Dicen que cambiarán hasta cosas de la iglesia: que el cura va a quitar todos los santos y dejar solamente una cruz. Y que cambia la misa, los entierros, las vestimentas... Todo. Todo. Yo no puedo pasar por la calle y ver la tienda cerrada... ¡se marea el estómago! Que no es broma, Nino. Ya sabes que la traspasó, ¿o no lo sabes?, porque como tú parece que vives aparte, en otro pueblo o qué sé yo qué sitio. Pues la traspasó. Pero...

—Delfina, yo también me quiero ir.

Se volvió entera, rotunda, reflejando la soledad de un final:

—¡Tú!" (p. 240).

Todo esto significa que Elena Santiago se ha dado cuenta de que León se acaba, se va hacia afuera, se desparrama para reunirse en otras tierras, para sumirse en otros pueblos; para perder, mundo adelante, la conciencia del ser del pueblo.

El contraste entre un pueblo con una cultura literaria pujante, pero con pocas posibilidades de progreso se hace aún más hiriente y se comprende mejor la asfixia que se refleja en muchos de los personajes de *Acidos días* si se tiene en cuenta lo absurdo que es que un pueblo culto tenga que desaparecer con todas sus tradiciones y costumbres incluidas. Por eso podemos anticipar ya que *Acidos días* es, en cierto modo, un proyecto de recuperación del tiempo pasado con todas sus cosas.

En la novela no se desperdicia nada. Se repite lo mismo siempre. Se va encerrando todo en unos círculos concéntricos que no dejan escapar nada, que se ciñen y que ahogan a los personajes. Después de narrada la historia de una vida y de unas vidas no se ha progresado: "La madre se había muerto diciendo las mismas cosas de cada día y así, el día de su muerte, pareció casi un día cualquiera". (p. 204).

Mariano Azuela, que escribió una de las novelas más interesantes de la Revolución mexicana, plantea la angustiada pregunta de la utilidad de la revolución, es decir, su obra *Los de abajo* se asemeja mucho a lo que pudiera ser la novela de la contrarrevolución y por eso los personajes mueren en el mismo sitio donde empezaron la lucha. Hay, pues, una técnica circular del relato: la novela acaba donde empezó. Y el recorrido de Demetrio también es circular, ya que comienza la lucha en Juchipila, pasa a Zacateca, Aguascalientes... y termina otra vez en Juchipila.

La madre, en *Acidos días*, muere diciendo las mismas cosas de cada día, muere como empezó. Hay una técnica del relato circular. *Acidos días* termina donde empieza. Delfina abre la novela y Delfina la cierra.

Dentro del círculo está la vida de ese pueblo al que ya casi no le queda sangre de vida porque "la vida se repite casi con insolencia" (p. 247). Porque la técnica de construcción de la novela va apretando dentro del círculo estructural, todo un mundo que no puede progresar: Un mundo encerrado, atrapado en el círculo de la narración.

Por otra parte, *Acidos días* está dividida en breves capítulos que forman cuadros o escenas definidas, sin conexión lineal, pero que en cambio, van ligadas entre sí por una especie de conciencia, memoria, o recuerdo que toma los cabos que se iban dejando sueltos y los va atando. Este recurso da unidad a la novela y cierra cada uno de los temas y cada uno de los problemas que se abordan en la obra. Hay, en consecuencia, una memoria o una conciencia estructural que da unidad circular y cerrada al relato.

La circularidad es compatible con el desarrollo lineal de la fábula, que marcha hacia adelante, tal vez en busca de sus propios orígenes, ya que se repiten los mismos nombres dentro de la familia, se reiteran los mismos actos y las mismas costumbres y esto sucede porque, en realidad, el tiempo no pasa, sino que da vueltas en redondo. Como el tiempo no progresa, el nacimiento se toca con la muerte y los personajes, el pueblo, se encuentran terriblemente solos en este hacer y deshacer constante y ¿absurdo?

Si Elena Santiago ha estructurado los acontecimientos narrados según una técnica circular, el lenguaje y la sintaxis colaboran más insistentemente en la consecución de una novela cerrada. *Acidos días* tiene un léxico y una sintaxis reiterativa que va creando innumerables círculos que recuperan el tiempo pasado, las costumbres y los hábitos de vida. Se puede abrir la novela al azar y comprobar cómo las palabras y las frases se repiten constantemente y la novelista va tejiendo con la misma lana, con las mismas agujas, con las mismas palabras la misma obra en la que cada personaje encierra su manera distinta de ver y de enfocar el mundo y los problemas. Pero lo grande del caso es que las palabras sirven a la vez para hacer referencia a una situación idéntica y reiterativa y a otra que es distinta, según los intereses y la concepción del mundo que tenga el personaje que las usa. Con ello la novela resulta a la vez obsesiva y rica en enfoques, puntos de vista y opiniones.

Las palabras y la sintaxis se repiten insistentemente para ir precisando todos los matices posibles de referencia a la realidad, para ir acotándola, encerrándola dentro de un círculo de significado de forma que no quede resquicio por donde ésta pueda desparramarse. En la pág. 37 se lee: "Venga, Pura, y que de pura tienes tú poco, prepárame la sopa. La sopa y lo que quieras". La doble referencia a la realidad se pone de manifiesto por medio de las repeticiones de las palabras en sus diversas acepciones semánticas.

La novelista, con este lenguaje reiterativo, da autenticidad histórica al relato. No deja otras posibilidades de interpretación al lector. Lo que cuenta sucedió tal como lo cuenta, no de otra manera. En la página 36 dice que "A Nino le gustó sentarse en la silla del padre". Y es que era así, porque en la página 37 dice que "A Nino le gustó sentarse en la silla del padre".

Es un poco trágico, pero Elena Santiago asegura que no es opinión, que es historia lo de que las gentes de los pueblos de León no encuentran un aliciente de vida en ellos. Insistimos en que su relato cumple los requisitos de lo histórico.

Parece que tanta reiteración léxica y sintáctica debería dar como resultado una prosa plúmbea. No es así. *Acidos días*, debido a la frescura, a la espontaneidad, a la riqueza popular del léxico, resulta deliciosa y relajante. Alguien ha dicho que se trata de una prosa poética. No lo creo; más bien, es una prosa sabiamente trabajada y en armonía con la estructura circular de recuperación de acontecimientos cuya narración había quedado inconclusa.

Para finalizar vamos a intentar averiguar si la novela responde a alguna de las estructuras de composición más conocidas. Mariano Baquero Goyanes en su libro *Estructuras de la novela actual* habla de un tipo de novela que él denomina "dramática", tipo al que creemos que se ajusta *Acidos días*.

Los tres elementos por los que se caracteriza una novela "dramática", según Baquero Goyanes, son la presencia normal del diálogo, el alejamiento del "yo" narrador para conseguir una imparcialidad similar a la de los dramas y la existencia de una subconversación que se hace evidente en la estructura superficial mediante los "tropismos", o movimientos de la consciencia o subconsciencia y que afloran a la superficie cuando el personaje sufre una alteración emotiva.

En *Acidos días* los personajes dialogan constantemente y casi siempre nos enteramos de lo que pasa por la conversación que mantienen. Y la función que desempeñan las anotaciones en el teatro en *Acidos días* está sustituida por una serie de referencias directas a los personajes, su actitud y su forma de ser y de estar, así en la pág. 106 de la novela se dice que Delfina "está muy mayor", lo cual es tan significativo como cualquier anotación teatral.

Por lo que se refiere al segundo rasgo señalado hay que reconocer que el "yo" del narrador no desaparece en *Acidos días*, pero su presencia, cuando la hay, pasa bastante desapercibida.

Y finalmente los "tropismos" son numerosos. Con su presencia reiterada se crea una corriente de subconversación que enriquece y da nuevos y precisos matices al texto literario de la obra. En la pág 37 hay uno de los múltiples ejemplos de "tropismos" que se encuentran en la obra. Dice así: "También usted... y al decirlo le daba a la cabeza".

Sin duda alguna, Elena Santiago ha hecho una buena novela: cuidada en la forma, elaborada en la estructura, técnicamente interesante y comprometida en los acontecimientos narrados.

Si en *Acidos días* advertimos esa forma especial de vida que llevan los habitantes de un pueblo de León en *Después, el silencio* es Castilla, la de los "caminos gastados", la que vive, sólo de historia y de esperanza, para desgracia nuestra y de los españoles todos.

"Viento, vacío sin color,
mecido color de primavera.

Viento sobre Castilla abierta
extendida, ronca de tierra,
hambrienta de llenarse
para hacerse primavera.

alzarse victoriosa
turbulenta y dulce
toda espiga que comienza
bajo un sol devorador infinito,
derrotado de luz,
que abarca de extremo a extremo
camino gastado: Castilla.

Amargo verde que a la intemperie espera

(...)

Llega el hombre
y antes de inclinarse hasta la tierra
contempla, lejos, el pueblo,
tejados, viejos inclinados de cansancios,
de vivencias,

y encima la torre erguida
cobijando sonidos quietos
y alrededor Castilla viva,
Castilla dura y tierna
y cerca su primavera.”

No entiendo cómo se desangra Castilla. No entiendo cómo se desangra León. No entiendo cómo se desangra un pueblo que tiene una historia y una rica tradición cultural; un pueblo que desde la Guerra Civil para acá acumula galardones literarios como ningún otro.

Sin entenderlo, pero para desintoxicarnos de la problemática ligada con estos pueblos de hondas raíces españolas vamos a hacer algunas consideraciones sobre una novela de temática muy distinta. Nos referimos a *Una mujer malva*, premio Ciudad de Barbastro 1979. La novela es una meditación sobre las consecuencias del paso del tiempo. Elena Santiago construye la narración en torno a Maximina, personaje que se desdobra en dos: Mina, cuando era pequeña y doña Maxi, cuando es anciana ya jubilada. Algunas veces es Mina la que cuenta su vida, sus inquietudes, sus problemas y sus pensamientos, pero casi siempre es doña Maxi la verdadera protagonista narradora. A pesar de ello, el verdadero interés de la narración no está ni en Mina, ni en doña Maxi, sino en la evolución, en el estudio de los factores que intervienen y que en buena medida determinan que se produzca el cambio de Mina en doña Maxi. Como, por otra parte, todo proceso de cambio o evolución se realiza en el tiempo, Elena Santiago ha elegido como oficio del padre de Maximina el de relojero. Por eso se dice en la novela: “En su casa la hora de la vida estaba tallada por el sonido de los relojes. En aquel sonido su padre había perdido, años atrás, el nombre. Para todos era el relojero: buenos días relojero” (p. 27).

Mina es doña Maxi porque ha pasado el tiempo, porque los relojes de su padre son implacables con los hombres. Esta situación queda más clara cuando a doña Maxi “entre los párpados cerrados se le iban quedando los pensamientos. Cada uno le traía un nombre. Cada uno le iba quedando en una balanza de luz y sombra. No era una balanza, era el péndulo de un reloj. Cuando el padre murió se había cerrado la relojería, se habían parado todos los relojes” (p. 79).

A pesar de la muerte del padre el tiempo estaba en marcha e iba haciendo estragos en las personas. Las máquinas de medir el tiempo, los relojes, ya habían entrado en la narración y poco importaba que se pararan unos pocos si el tiempo cronológico no se iba a parar. Aún peor. En la novela el tiempo cronológico, el medible mediante el reloj, tiene menos importancia que el psicológico, ya que lo que tortura al personaje no es el irse haciendo viejo conforme pasa el tiempo, sino las vivencias, el recuerdo de un pasado inconcreto. Por esto en la novela hay dolorosos y expresivos contrastes entre la edad joven y la adulta, entre la ternura e inocencia primitivas y la pena honda de los viejos. Es el tiempo psicológico el que hace los estragos.

Aparte de esto no hay grandes acontecimientos, ni hechos desorbitados en la materia narrada sino que, tal como suele suceder en la vida de la mayoría de las personas que no pasan a la historia de la humanidad, son acontecimientos normales, vulgares y hasta ingenuos, pero precisamente en ellos se fundamentan nuestras vidas y nuestras inquietudes.

La narración de estos episodios y, en general, de todos los acontecimientos que forman la trama de la novela está impregnada de una brisa poética que tiñe de tristeza, no estridente, pero profunda, la vida de doña Maxi y de los otros personajes que aparecen en *Una mujer malva*.

Antes de finalizar con unas notas críticas sobre su última novela publicada, *Gente oscura*, queremos detenernos algo en un cuento que tiene bastante interés. Se trata de *Pequeña Meditación*, galardonado entre 873 obras presentadas en el “Concurso de Cuentos La Felguera”. En él se narra la

historia de un niño que se encuentra en la encrucijada de su mundo, a punto de desaparecer, y el de los mayores, que todavía no comprende porque no se ha incorporado a sus vivencias. Desde esta indefinición de niño que a veces piensa y obra como persona mayor sin serlo se contemplan una serie de situaciones en las que los personajes mencionados, sus preocupaciones y sus problemas aparecen en un equilibrio inestable entre lo cómico, lo burlesco, lo serio, lo irónico y lo absurdo y lo lógico.

Además de esta perspicacia de la novelista para captar y para comunicar el interés del momento en que las personas pierden un mundo y se van adueñando de otro, conviene señalar que Elena Santiago dedica una atención especial a la construcción del relato, a la estructura y al lenguaje. Por eso, a partir de aquí, nos vamos a limitar a poner de relieve varios recursos formales y estructurales en los que se asienta la narración del cuento.

Uno de ellos es el uso frecuente de personificaciones que comunican al relato una expresividad fuerte y original. Así: “La mañana era tanta que se salía la luz por todas partes”.

“Las ventanillas están llenas de aliento de tren”.

“Mamá sienta a la maleta, a mí, al paquete...”.

“El tren corre tanto que está volviendo locos a los palos de la luz que crecen al lado de la vía”.

“El tren silba, el tren sabe adonde va”.

Las definiciones de los personajes por el atuendo, o por las apariencias externas dan la impresión de que se trata de un lenguaje nuevo, no gastado. Y de hecho se consigue que los objetos y las personas sean distintas, sean según las apariencias, según la indumentaria, según un mundo más elemental que el mundo de las personas adultas y cultivadas. Así, por ejemplo, el pastor que se cita en el cuento no es rubio o moreno, grueso o delgado, “el pastor es una manta a cuadros sin cara”. Y alguien no mira a una señora gorda sino que lo hace “a la toda culo”. Pero no siempre se ponen de relieve estos aspectos mediante el detalle descriptivo accidental sino que muy frecuentemente este mundo especial queda realzado mediante la repetición irónica e intensificadora de frases hechas: “La Gelines, y dirá que soy un cacho risa”.

“Ya está el cacho listo diría Angelines”.

“Su novio era un cacho señor”.

“Sería cacho preguntón”.

Otras repeticiones tienen una función estructural y sirven para mantener una tensión en equilibrio inestable. El niño irrumpe y rompe los moldes del pensamiento y de las preocupaciones de su madre mediante un “mamá dice que qué digo” que deja en evidencia a las personas mayores. Así sucede en las siguientes ocasiones: “Yo quiero saber por qué andén y no anden si es por allí por donde andan todos. Mamá dice que qué digo”.

Más adelante vuelve a insistir: “Al sentarse ocupa casi dos asientos, yo me muerdo en el labio de abajo la risa y me acerco al oído de mamá: ¿esta señora cuántos billetes ha sacado? Mamá no dice que qué digo pero...”.

Otro recurso consiste en utilizar preguntas para insistir en lo ya dicho, para llamar la atención, para que el lector profundice más y para que descubra aspectos o perciba sensaciones que no habría captado sin esas interrogaciones. Sócrates, mediante unas sabias preguntas lograba que sus discípulos descubrieran, por sí, la verdad. Elena Santiago logra que el lector no se quede en la superficie del mundo narrado: “a lo mejor busca el tren: ¿dónde está el tren? El tren aún no ha llegado. ¿Y por qué no ha llegado?”. Las preguntas parecen estúpidas, pero obligan a pensar a los mayores y cumplen una meritoria función social porque hoy, más que nunca, andamos muy necesitados de personas que piensen.

Si en *Acidos días* destaca el lenguaje y la estructuración de la novela y en *Una mujer malva* el lenguaje y la atención que dedica a unos personajes durante la vejez, en *Gente oscura* el lenguaje

es sólo un soporte sabio y bien utilizado mediante el cual se pone de manifiesto la soledad y el tedio que rodean a un personaje joven, Tona, porque las personas y el ambiente en que se mueve son mezquinas, egoístas y alienantes. Son gente oscura.

Nos encontramos con una novela existencial donde la angustia de vivir la provocan las relaciones con los demás hombres, la incomprensión y la soledad de una vida que no encuentra seres humanos a su alrededor, a pesar de estar rodeado de otros hombres. El eje ideológico existencial de la narración está construido por el "homo homini lupus est" y sólo se advierte un asomo de comprensión y de ternura en los personajes más endeble, en los que representan un papel social marginado, uno porque es tonto —no es hombre en plenitud— y otro porque es la criada de la casa, primaria y elemental. Precisamente esta última salvó a Tona —la protagonista— del suicidio, de la definitiva huída de la existencia. Y la salvación se hace a través de un hijo que le va a nacer a la criada porque se supone que aquel no estará viciado y porque podrá repartir y recibir la ternura que necesita Tona y que los demás ni la reciben ni la irradian.

Lo que más llama la atención es comprobar que los agentes de la novela, los que provocan la angustia existencial de Tona y por tanto desencadenan el relato son una serie de personajes frustrados: la madre de Tona, histérica por causa del supuesto reuma y demás enfermedades que la mantenían siempre al borde de las lamentaciones; la tía Avelina, especie de beata neurasténica que llevaba mal, pero que muy mal, la soltería, y el padre de Tona, un "calzonazos" egoísta que se dejaba querer y cuya única aspiración era que los demás le compadecieran a causa del mucho trabajo que hacía o que decía que hacía. Estos personajes son los principales causantes de la angustia de la protagonista, pero coadyuvando con ellos están las monjas del Colegio, especie de brujas chismosas que no son capaces de educar a Tona sino que están a punto de dar al traste con toda la ingenuidad de la niña, única disculpa, por entonces, para seguir viviendo. Y el pueblo, todo el pueblo.

Hay un párrafo en la novela en el que Elena Santiago se hace cómplice de Tona y señala cuáles son los causantes de la tristeza sin límite que embarga a la chiquilla. Allí se dice: "Muy lejos, en un mundo, quedaba Padre escondiendo la mirada en unas gafas y las palabras en la bufanda. Tía Avelina planchando recuerdos y rezos, alrededor de Padre, alrededor de Padre. Y Madre, al fin, hundida en sí misma, en un pasado. La casa entera olía a chocolate, a rancio, a soledad y tristeza. Al fondo el pueblo ya ni recordaría por qué lloró aquella misma mañana y estarían o no estarían satisfechos de haber salvado al tonto del que se reían por las esquinas. Era un pueblo que no quería ni a los tontos ni a los que usaban zapatos" (p. 283).

Queda bien claro que, además de los personajes individuales citados, los causantes del estado de ánimo de Tona son la propia sociedad que le rodea, las monjas del colegio y el pueblo, sobre todo el pueblo.

En principio parece exagerado pensar que una actitud de un pueblo pueda provocar un estado de angustia existencial porque, en realidad, las novelas existenciales se escribieron como consecuencia del caos provocado por la primera Guerra Mundial y parece desproporcionado que un pueblo en paz pueda conseguir los mismos efectos, la misma angustia existencial. Sin embargo en la novela los hechos suceden así.

Los únicos personajes normales, los que podrían haber curado la angustia de Tona, de hecho, no son vecinos del pueblo porque estudian fuera y sólo pasan allí las vacaciones, o porque son auténticos emigrantes, como Pascual.

Nos picó la curiosidad e intentamos averiguar si existe algún pueblo, o alguna región española en la que la vida sea tan asfixiante como la que aparece en la novela y tras una lectura atenta llegamos al convencimiento de que se trata de pueblos de León de donde es oriunda la novelista. El lenguaje

popular que utilizan algunos personajes, especialmente Ramona, es inconfundible. Veamos algunos párrafos:

—Digo, señora, que a ver que la parece. Va a decir que éramos pocos y parió la abuela.

—¡Jesús! Yo cómo voy a decir eso.

—Entiéndame, es un decir. Que como ya si tengo poco trabajo me voy y me echo más...

¡esta es la Ramona!

—A ver...

—Que yo con la suciedad no puedo... ¡no puedo y ya está! Qué quiere que la diga... hay mujeres y mujeres y pa mí que Tasio no trae una cabeza que digamos" (p. 132).

"Que éramos pocos y parió la abuela.

—¿Qué?

—Y que éste debe tener los piojos de los Apóstoles.

Tona rió:

—¿Pero los Apóstoles tenían piojos?

—Anda, seguro. Según dicen sin agua corriente y con aquellas melenas... ¡Ay, Dios, qué burra soy hablando! Venga Tasio... ¡jarrímate! Aquí... (p. 133)".

—¡Hay que aceptarla! ¡Chilla como un condenao, como un espíritu! (p. 154)".

"A los grillos como tu tía no los mata ni Dios... ¡Ave María Purísima! ¡Qué cosas digo! Ave María, Ave María" (p. 155).

Se trata, por tanto, de una angustia existencial que se adquiere en muchos pueblos de León y de la España oprimida porque no hay en ellos oportunidades de vida, porque hay un auténtico clima de asfixia intelectual, cultural y sentimental ya que las personas más abiertas emigran y lo hacen porque los políticos y los poderes fácticos han venido favoreciendo los desequilibrios regionales, han favorecido la desertización de los campos de León en favor de las industrias de la periferia de España. Triste servicio de los políticos al pueblo.

Se puede deducir de cuanto llevamos dicho que Elena Santiago cuida mucho el lenguaje por lo que consigue variados efectos estilísticos que van desde lo que se puede denominar prosa poética hasta la imitación del lenguaje vulgar de numerosos tipos y situaciones. Y sus preocupaciones fundamentales se centran en personajes desvalidos, especialmente los jovencitos y los viejos. En este sentido hay páginas muy humanas de acercamiento a su mundo y otras en las que los personajes reflejan una auténtica postura existencial. El marco en el que se encuadran sus personajes suele ser rural, suele ser un pueblo, o unos pueblos en los que se respira un ambiente depresivo en todos los órdenes, tanto que la gente se quiere marchar. Allí no hay medios de vida. Allí se masca la tragedia de la emigración y del abandono por parte de los políticos de determinadas zonas rurales de España que van quedando, poco a poco, relegadas a cotos de caza, de votos y de codornices.

BIBLIOGRAFIA

Se han utilizado las siguientes obras de Elena Santiago:

—**Acidos días**, "Colección Novelas y Cuentos", Madrid, Magisterio Español, 1980.

—**Después, el silencio**, Madrid, Ediciones Nuevo Sendero, 1978.

—**Una mujer malva**, Barcelona, Bruguera, 1981.

—**Pequeña meditación**, Oviedo, Gráficas Baraza, s/f.

—**Gente oscura**, Barcelona, Planeta, 1981.